

**Sociológica**, año 22, número 63, pp. 247-251  
Enero-abril de 2007

## Más que color: ansiedad, entusiasmo y juicio político

Nicolás Loza Otero<sup>1</sup>

El aparato burocrático estatal  
y su característico *homo politicus* racional,  
al igual que el *homo oeconomicus*,  
cumple sus tareas,  
incluido el castigo de la injusticia,  
ejecutándolas con arreglo al sentido  
más ideal de las reglas racionales  
de la dominación política, es decir,  
de un modo positivo sin acepción  
de personas, *sine ira et studio*, sin odio y,  
por ello, también sin amor.

MAX WEBER

En *Las pasiones y los intereses*, Alberto O. Hirschman expone cómo, en la Europa de los siglos XVII y XVIII, ni el discurso religioso ni el racionalista habían logrado disuadir al cortesano, al incipiente hombre de negocios, a reyes y príncipes, ni mucho menos al *individuo ordinario*, de las desastrosas consecuencias que el imperio de las pasiones tendría sobre sus



<sup>1</sup> Profesor-investigador de la Unidad Académica de Docencia Superior de la Universidad Autónoma de Zacatecas; candidato a doctor en ciencias sociales con especialidad en sociología por El Colegio de México. Correo electrónico: loza@cantera.reduaz.mx; consultas: <http://uads.reduaz.mx/~nloza>

vidas. En medio de ese vacío, el *interés* apareció acompañado de una entusiasta acogida, que le concedía la tarea de limitar la voracidad del poder político, lubricar el comercio e introducir la certeza y la constancia en la vida social. Y aunque entonces La Bruyère acuñó con fortuna el *menage à trois* motivacional de *pasión*, *interés* y *razón*, esta última fue paulatina pero efectivamente confinada a convertirse en instrumento del interés, y el interés fue reducido a interés material: el supuesto de la monomotivación racional de la acción se impuso en la teoría económica y logró la colonización de otros campos del saber social.

Muchos años después, la tipología motivacional de Max Weber, que en más de un sentido fue una resistencia al pensamiento económico dominante, expresaba este derrotero, pues la acción racional con arreglo a fines y con arreglo a valores se consideraba racional por sus medios, mas no por sus fines, y estos últimos se asemejaban, sino es que se reducían, al interés material. Con esta realidad, digámosle teórica, convivió el hecho histórico que derogó el rol del afecto en la esfera pública y asoció la emoción a la distracción, la distorsión, el extremismo y la irracionalidad.

A la vuelta del siglo, sin embargo, la investigación de la psicología cognoscitiva documentó las persistentes violaciones de los supuestos de la racionalidad. Un ejemplo ilustrará la paradoja: si en una lista de millones de electores los costos y riesgos de votar superan tanto los beneficios individuales como las probabilidades de cruzar la boleta decisiva, ¿por qué iríamos a votar? La respuesta, sencilla, desbordaba la razón: quienes en estas circunstancias acuden a las urnas sobreestiman, irracionalmente, el valor de su voto: la participación, *virtud cívica*, rasgo del *hombre de razón*, utiliza las muletas de la pasión. En paralelo, las neurociencias contribuyeron en esta puesta en duda de la razón, *desde el campo de la razón*: Damasio, neurólogo clínico y experimental, concluía sorprendido que la *ausencia* de emoción y sentimiento comprometía la racionalidad tanto o más que el desbordamiento emocional.

Tomados de estos hilos, sin renunciar al compromiso de contrastabilidad del trabajo científico, el antropólogo George Marcus, el investigador de la comunicación y las audiencias Russell Neuman y el politólogo Michael MacKuen se preguntan por el papel de las emociones en la confección de los juicios políticos, defendiendo la hipótesis de que entre conocimiento y afecto domina la interacción,

pero que si hubiese sucesión, la *conciencia sería la última y no la primera palabra*. En *Affective Intelligence and Political Judgment*, los autores se apoyan en los recientes hallazgos de la investigación neurológica para sostener que el conocimiento y el juicio racionales también abrevan de canales emocionales decisivos e indispensables.

La investigación neuroquímica contemporánea en materia de *sueño* les proporcionó la imagen de interacción que defienden para la relación entre emoción y razón. Según el modelo convencional, *dormir* es producto del *cansancio* y entre sueño y vigilia hay una relación de suma cero semejante a la valencia emocional de la psicología tradicional. A contrapelo, en la neuroquímica contemporánea *dormir* es producto de dos sistemas interactuantes que no guardan una relación de suma cero entre sí: por un lado, *dormir* es producto de las *presiones del sueño*, es decir, del cansancio; por el otro, *dormir* también obedece a las *señales de alerta* del entorno que nuestra mente registra. Entonces, podemos tener grandes *presiones de sueño* asociadas a una actividad mental que registra fuertes *señales de alerta* sin *dormir*, en tanto que podríamos tener pocas *presiones de sueño* y bajo registro de *señales de alerta* y *dormir*.

Apoyada en la investigación de las neurociencias, la teoría de la inteligencia afectiva parte de distinguir dos sistemas de conocimiento y decisión que alternan su funcionamiento con el dispositivo racional de la mente humana. Por un lado, el *sistema de disposiciones* integra las cogniciones y prácticas con las que los individuos resuelven cotidianamente sus vidas: este sistema no sólo suspende la duda cotidiana, sino que ofrece certezas y rutinas que economizan la inversión racional en muy diversas esferas de la vida; su emoción distintiva es el entusiasmo: si la rutina asegura éxito y la actividad es importante para la persona, naturalmente le producirá entusiasmo, mientras que si la importancia es poca, o el hábito se asocia a resultados inciertos, el entusiasmo decaerá hasta la deserción. Junto a este dispositivo figura el *sistema de vigilancia*: si el conocimiento y la práctica rutinaria se ven amenazados por nuevos e irregulares acontecimientos se bloqueará el *sistema de disposiciones* y entrará en juego la reconsideración racional del entorno; la emoción distintiva de este mecanismo es la angustia: asuntos importantes acompañados de amenazas externas producirán angustia en el individuo, que en respuesta activará su capacidad de reunir y evaluar información para tomar nuevas decisiones racionales.

Marcus, Neuman y MacKuenn comparan los conceptos de la teoría de la inteligencia afectiva con el paradigma tradicional de la ciencia política: al paradigma convencional –sostienen– le subyace la idealización de la noción de ciudadanía; utiliza principalmente investigación por encuestas; opone conocimiento y emoción; supone individuos con niveles *estáticos* de interés en política, que subsumen en el *partidismo* sus razonamientos y prácticas habituales –por lo que el paradigma supone al menos un umbral mínimo de atención política–, que evalúan en planos de equivalencia distintos temas públicos y que orientan su conducta de manera instrumental, asumiendo a su vez el autointerés como la monomotivación eficiente de la acción individual. En contraste, a la propuesta de la inteligencia afectiva le subyace un concepto de psicología individual que implica individuos que usan o ignoran sus ideales políticos y la información que les proporcionan las instituciones; es multi-método; supone la interacción entre conocimiento y emoción; propone un modelo dinámico de atención e interés políticos tomando a la atención misma como variable; propone también que los temas sometidos a evaluación pública no son equivalentes para los individuos y deben tomarse como variables; e implica una mezcla motivacional, es decir, individuos que confían en su acción habitual pero que también acuden al cálculo de intereses, por lo que el autointerés es también una variable.

A continuación ofrecemos la versión al castellano de Santiago Espinosa del capítulo seis de *Affective Intelligence and Political Judgment*, en donde los autores, utilizando datos de encuestas y el análisis estadístico multivariado, contrastan las predicciones de su teoría en relación con tres tipos de juicios políticos de los estadounidenses: primero, sobre la posición de Pat Buchanan respecto del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México; después, en torno a la guerra del Golfo Pérsico y, por último, en relación con la preferencia electoral en las últimas cuatro contiendas presidenciales. Simplificando, diríamos que los autores intentan demostrar que las emociones proporcionan al individuo algo más que color e intensidad a su experiencia política; que el sentimiento de ansiedad moderada favorece la búsqueda de información y la formación de nuevos juicios racionales; y que entre la ansiedad y el entusiasmo no hay una relación de suma cero. Estas *anomalías* en las teorías dominantes de la ciencia política y la revaloración de las emociones en distintas ramas del conocimiento y la experiencia humanos parecen llamar

*Más que color: ansiedad, entusiasmo y juicio político*

251

a la teoría de la inteligencia afectiva a influir no sólo en la heurística de sociólogos y politólogos, sino en la confección de problemáticas y líneas de investigación futuras.

